



## El tabardillo en la literatura mexicana en la transición del siglo XIX al XX

*The tabardillo in the Mexican literature in the transition of the XIX to the XX century*

Rolando Neri-Vela,\* Antonio Moreno-Guzmán,† Luis Vicente Sánchez-Fernández,§  
Mariana Patricia Vázquez-Pérez||

\* Profesor de la Historia de la Medicina. Escuela Médico Naval. Comisión de Estudios Históricos Escuela Médico Militar, México.

† Profesor Emérito de Cirugía I y II. Escuela Militar de Medicina. Comisión de Estudios Históricos Escuela Médico Militar, Ciudad de México.

§ Profesor de la Facultad de Medicina. Universidad de Oviedo, España.

|| Profesora de la Facultad de Medicina. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

### RESUMEN

En los años finales del siglo XIX y los inicios del XX, el tifo exantemático cobró una gran importancia, pues fue una de las principales enfermedades que afectaron a la sociedad mexicana, producto de la guerra, la pobreza y el hambre. Se hace mención de la interpretación de este mal en la literatura mexicana de esa época.

Palabras clave: Tabardillo, México, siglos XIX-XX.

### ABSTRACT

*In the final years of the nineteenth century and the early twentieth century exanthematic typhus became very important, as it was one of the main diseases that affected Mexican society, as a result of war, poverty and hunger. Mention is made of the interpretation in the Mexican literature of that time, related to this disease.*

Keywords: Tabardillo, Mexico, XIX-XX centuries.

Desde la época colonial, se habló del matlazahuatl, tifo, tabardete o tabardillo, padecimiento del que hasta principios del siglo XX se supo su origen, una rickettsia, siendo la rata el vector.

El tifo epidémico es causado por *R. prowazekii*, y transmitido por el piojo, que vive en las ropas y se encuentra en condiciones de higiene escasa, particularmente en climas fríos y en tiempos de guerra o de desastre.<sup>1</sup>

Como consecuencia de la movilización de las fuerzas armadas (Ejército Federal, Ejército Constitucionalista, Ejército Libertador, División del Norte), el tifo se volvió epidémico, por lo que por primera ocasión en México se llevó a cabo una campaña antiparasitaria de acuerdo con los conocimientos de ese entonces, lo que no bastó para impedir la propagación de la epidemia.

En el Hospital General de México, fundado el 5 de febrero de 1905, se llegaron a atender hasta 600

tifosos, los cuales eran atendidos en cinco pabellones diferentes que se arreglaron de la manera más conveniente para evitar la propagación. Ese estado de cosas duró hasta la adaptación de un lazareto de tifosos en Tlalpan hacia fines de 1916.<sup>2</sup>

En 1919, y en virtud de una resolución del Primer Congreso Mexicano del Tifo, se instaló en el mismo Hospital la Comisión Central para el Estudio del Tabardillo, bajo la presidencia de José Terrés, colaborando con él los médicos Genaro Escalona, José Saloma y Carlos Jiménez, así como los practicantes Gustavo Baz y Abraham Ayala González, y el bacteriólogo Guillermo Rode.

Los fines de la Comisión consistieron en seguir investigando el papel del piojo en la transmisión y distintos agentes terapéuticos. La Comisión para el Estudio del Tabardillo duró pocos años, publicando un Boletín bajo la dirección del mismo Dr. Terrés, siendo

el Dr. José Tomás Rojas, entonces médico del pabellón 6, destinado a Medicina del Hospital General, el Secretario. El balance fue la definitiva práctica de la Reacción de Weill Félix como medio de diagnóstico.<sup>2</sup>

En la literatura se habló mucho de esta enfermedad, de lo que trataremos en este artículo.

En una de las obras representativas de los principios del siglo XX en México, es de destacar Fuertes y débiles, de la pluma de José López-Portillo y Rojas, en cuyo principio se menciona al doctor en medicina Ignacio Quintanar, a quien en esa novela se le adjudica consagrarse de preferencia a curar el tifo y las enfermedades oculares.<sup>3</sup>

Parece que no existió el médico Quintanar, pero lo que sí podemos afirmar es que, en el transcurso del tiempo, la figura del médico ha estado en la mira de la sociedad, que en muchas ocasiones lo ha criticado con severidad, muchas veces por envidia, como es el caso al que se refiere esta novela, cuando se dice:

*¿Quién era el doctor Ignacio Quintanar? Probablemente algún matasanos de tantos como vomita anualmente la Escuela de Medicina, y que son un verdadero azote social. Los médicos, si bien se mira, pensaba Cheno —uno de los personajes principales del relato en cuestión—, son peores que el tifo, la escarlatina y el cólera morbo, porque no saben nada de cosa alguna, ni menos aún, de lo que pretenden saber. Es un misterio para ellos el organismo; ignoran lo que es la vida; desconocen el germen de casi todas las enfermedades; las peores dolencias que atacan a la humanidad, carecen entre sus manos de remedio. La terapéutica está todavía en pañales. La primera dificultad que al médico se presenta es la de conocer la naturaleza de la enfermedad que va a combatir. ¿No ha sucedido muchas veces que al enfermo del estómago le juzgue malo de los riñones, y declare neurasténico al loco rematado, que no tiene idea sana en el cerebro? ¿No pasa a menudo que la equivocación sea tan garrafal, que diagnostique un tumor en el vientre de la señora que va a salir de su cuidado? ¿No se ha visto con frecuencia que los doctores declaren desahuciado o muerto al enfermo que a los pocos días se levanta sano y lleno de vida, y pasea por las calles con paso firme y erguida cabeza?*

*Y todavía, aun suponiendo que penetre el hondo misterio de la enfermedad, y sepa el mal de que adolece el paciente ¡Cuántos errores no comete en el tratamiento de la misma dolencia conocida! Da calomel al que necesita Saiz de Carlos, sedantes y debilitantes al que ha menester Elíxir de Beaumé (también llamado*

*tintura de habas de San Ignacio, usado en aquellos años para tratar la astenia, las dispepsias hiposecretoras, la hipotensión arterial, la arritmia extrasistólica, la depresión respiratoria, la incontinencia urinaria y la anuresis)<sup>4</sup> o inyecciones de estricnina; prescribe pediluvios al que padece de anemia cerebral; y toda clase de drogas al que tiene cansados los intestinos por la ingestión de polvos, píldoras y cucharadas. Después de todo, bien hace la secta de los automédicos cristianos recientemente aparecida en los Estados Unidos, al jurar ante la Biblia, no llamar jamás al médico ni tomar medicina de ningún género, por más grandes que sean sus padecimientos; sino aguardar que la naturaleza todo lo cure por medio de evoluciones espontáneas, o que el Omnipotente sea el doctor que remedie los padecimientos del enfermo.<sup>4</sup>*

Muy avanzada la obra que comentamos, reaparece el doctor Ignacio Quintanar en escena, ya lleno de fama, pues no había dejado de la mano los libros, hacía experiencias, entraba en concursos y publicaba folletos sobre asuntos científicos, llegando a ser miembro numerario de la Academia de Medicina, en cuyo seno se distinguió, y había inventado un suero para combatir el tabardillo pintado, que se decía que era la enfermedad endémica de México y hacía numerosas víctimas durante el invierno. Asimismo, Quintanar había perfeccionado el trocar para asegurar el éxito de ciertas operaciones quirúrgicas.<sup>4</sup>

Fue una época de gran importancia en la historia de la farmacología, y la literatura mexicana lo expresó, como se demuestra después de un diálogo sostenido por sendos personajes de la obra, en que uno de ellos al retirarse, menciona que tiene principios de jaqueca, y que tomará una oblea de Stearn, o de la nueva preparación llamada aspirina, que decían que tenía un maravilloso efecto para curar ese achaque.<sup>4</sup>

En la novela que venimos comentando, el capítulo XXIV se refiere al *Tabardillo* pintado, y hace su aparición el doctor Jerónimo Sagredo, médico de la familia, quien al ser llamado para examinar a la enferma, saca su reloj, toma el pulso a la paciente, le pone un termómetro, examina la lengua y hace numerosas investigaciones. Fue preciso que don Jerónimo atendiera a ciertas manchas en la piel para formar un juicio por sí mismo, hallando sobre la blanquísima y sedosa piel del abdomen de la paciente una constelación de rubicundas manchitas, que habrían pasado inadvertidas para ojos menos expertos que los suyos; sobre ellas aplicó la yema de los dedos y las oprimió suavemente, pero no desaparecieron. Entonces le dijo a la madre que se hallaban en presencia de un

caso de tabardillo pintado, pero tratando de serenar a la mortificada madre, le dice que el tabardillo no era ya esencialmente mortal, pues la ciencia disponía de muchos recursos para combatirlo.<sup>4</sup> Agregaba el médico que ese mismo día avisaría al Consejo de Salubridad, y recomienda apartar las ropas de la enferma, no aproximarse a ella con el estómago vacío, oler alcanfor y tener todo muy limpio, pues la enfermedad era miasmática y contagiosa, y debía fumigarse el cuarto con cloruro.

López-Portillo y Rojas refiere en su novela que el doctor Sagredo estaba chapado a la antigua, por ser anciano, por lo que profesaba teorías retardadas, pero que no era misonista ni enemigo de progresar, pues practicaba la asepsia y la antisepsia escrupulosamente; sin embargo, en este caso había obrado conforme a lo que siempre había hecho, siguiendo el tratamiento de rutina, pues tenía la persuasión de que el contagio de la enfermedad podía provenir del contacto directo con los enfermos o con las prendas de su uso personal, o ya bien por respirar el mismo ambiente que ellos. Añade el autor que al acudir el médico ante el Consejo, éste ordenó fijar cédulas en la puerta de la casa, prohibiendo la entrada a personas que no fuesen de la familia, o médicos, enfermeros y sacerdotes.<sup>4</sup>

Y Ángel de Campo, *Micrós*, gran escritor mexicano de fines del siglo décimo nono y principios del XX, señalaba en el periódico *El Universal*, de la Ciudad de México, fechado el 6 de marzo de 1896, en su artículo *El popular tifo*, que «éste era constante, puntual, después de la primera lluvia, incansable, imparcial, lo que se llama una gente formal, sin que nadie le haga caso a pesar de que a lo calladito ha hecho más estragos que ambas cóleras y puede ser que en el doble del tiempo a lo sumo».

*Micrós* agrega en su crónica social:

*Ahora se discute si es hijo de los dioses, una deidad engendrada por los fenómenos meteorológicos; algunos lo declaran vecino de las zahúrdas de Plutón, expulsado a la superficie del planeta por los pozos; quien producto de la sequía, enemigo de Pomona, Vertumno, Neptuno y otros ciudadanos de la nube y del surco; y uno que se quema por nada pega en el clavo ¡la suciedad de la plebe, ésa es la matriz! ¡no, amigos, el mal está ahí, en las atarjeas y aquí, en plena calle, en ese empedrado mal barrido y no regado, y un amigo de la generalización hace un ademán amplio: señala cielo y tierra y puntos cardinales: está*

*en todas partes, porque se ha hecho de confianza, porque conoce nuestros salones y nuestras recámaras; no es exigente y se conforma con poco. ¿Lo ven ustedes? Está en aquella azotea, se escapó de los tubos ventiladores que se han desoldado; está en los comunes, que por más luchas que se han hecho siguen lo mismo que antes; en las coladeras del caño, en el muladar del suburbio, en las accesorias que manan agua, en los cuartos donde duermen ocho; en la cocina, laboratorio de indigestiones de los pobres; en las atarjeas que Orozco puso en orden y nadie quiso fijarse; en las ropas hace muchos años pegadas a la piel de los desaseados; en la vivienda donde se han muerto tres sin que se desinfeste a tiempo; en las casas que se ocultan al Consejo Superior (de Salubridad); en la disposición antihigiénica de algunas fábricas y espacios, donde el aire confinado se envenena y prepara al organismo para el contagio; en la acera que riegan con agua sucia y barren para que fermente mejor, en las babilonias con tendedores al aire libre, basuras en el patio, común para todos los de la casa, coladeras azolvadas y caños que no están en corriente; en todos aquellos lugares, en fin, donde la miseria engaña a los estómagos con mendrugos y no hay un ojo inteligente que quiera ver al monstruo en su cuna; ahora gatea apenas, ya lo veremos retozar y correr.*<sup>5</sup>

El tifo exantemático cobraba importancia en esos años, pues estaba dentro de las primeras causas de morbilidad; en el Periódico oficial del gobierno del estado de Puebla, en el año 1885, en la Estadística de Medicina y Cirugía del Hospital General del Estado, en el mes de marzo de ese año, se registraron 10 ingresos, 5 en las edades entre 12 y 25 años, y otros 5 entre 25 y 50 años de edad, todos del sexo masculino.<sup>6</sup>

El tabardillo ha sido una enfermedad que ha preocupado a los gobiernos de los países afectados, entre ellos México, y gracias a las medidas sanitarias y al mejoramiento en el nivel de vida, se ha logrado su práctica desaparición; sin embargo, pensamos que no se deben descuidar las causas que pudieran reactivar la aparición de este padecimiento, pues la indigencia, la pobreza, la falta de educación, la mala higiene, entre otros factores más, pueden hacer reaparecer dicho flagelo.

## REFERENCIAS

1. Kasper B, Fauci H, Longo J. (eds.), *Harrison's Manual of medicine*, 16th edition, EUA, McGraw-Hill, 2005, pp. 512-513.

2. Fernández del Castillo F. El Hospital General de México. Antecedentes y evolución, Instituto para la Organización de Congresos Médicos, México, Primer Congreso Mexicano de Medicina, 1946, pp. 56-57.
3. López-Portillo, Rojas J, Fuertes y débiles, 3ª. ed., México, Editorial Porrúa, 2005, p. 46.
4. Formulaire Astier, 7e. édition, Paris, Libraire du monde médical, 1937, pp. 1232.
5. De Campo A., "El popular tifo", En: Kinetoscopio. Las crónicas de Ángel de Campo, Micrós, en "El Universal" (1896), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, pp. 181-182.
6. Gobierno de Puebla. Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Puebla, tomo XXVIII, núm. 5, domingo 17 de mayo de 1885.

**Dirección para correspondencia:**

**Rolando Neri-Vela**

Tuxpan Núm. 16-401, Col. Roma Sur,  
Alcaldía Cuauhtémoc, 06760, Ciudad de México.  
E-mail: drnerivela@hotmail.com